

TERCERA CATEQUESIS
EL GRAN SUEÑO DE DIOS

“¿NO SABÍAIS QUE YO DEBÍA ESTAR EN LA CASA DE MI PADRE?” (LC 2,49)

Que a nosotros, que ya creemos, en cualquier situación que se nos presente,
el Esposo sea bello.

Hermoso por ser Dios, la Palabra con Dios;
hermoso en el seno de la Virgen,
donde no perdió su divinidad, y tomó la humanidad;
hermoso como la Palabra recién nacida;
porque aun siendo un infante sin palabras,
al mamar, al ser llevado en brazos,
los cielos hablaron,
los ángeles cantaron alabanzas, una estrella guió a los Magos,
fue adorado en el pesebre y manjar de los mansos.
Es, pues, hermoso en el cielo, hermoso en la tierra,
hermoso en el seno materno, hermoso en brazos de sus padres;
hermoso en sus milagros, hermoso en los azotes;
hermoso al invitar a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte;
hermoso entregando su vida, hermoso al recuperarla;
hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo.
Escuchad este cántico para entenderlo,
y que la debilidad de la carne no aparte vuestros ojos
del esplendor de su hermosura.
La suprema y auténtica hermosura es la justicia;
a nadie verás ser hermoso si lo encuentras malvado;
si es totalmente justo, lo es también bello.

(S. Agustín, *Comentarios a los Salmos*, 44, 3)

“¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2,49): estas son las únicas palabras que los Evangelios nos transmiten de Jesús a los doce años. Ninguna otra exclamación o afirmación o palabra de Él a esa edad. Ciertamente, nos encontramos ante una expresión bastante compleja que a primera vista nos haría percibir casi una falta de respeto de Jesús hacia José y María, como si estuviese sorprendido e indignado porque los Suyos deberían haber conocido la razón de su permanencia en el templo de Dios sin necesidad de avisarlos. En realidad, detrás de estas palabras algo enigmáticas, se oculta el misterio de Su Filiación y el misterio de la filiación de todo hombre, porque cada hijo del hombre, antes incluso de ser tejido en las entrañas maternas, incluso antes de ser deseado por sus padres (y cuántas veces también indeseado porque llega cuando no había sido programado), siempre ha sido anhelado por el corazón de Dios. Así el Papa Francisco afirma con determinación: «Cada niño que se forma dentro de su madre es un proyecto eterno del Padre Dios

y de su amor eterno: “Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré” (Jr 1,5). Cada niño está en el corazón de Dios desde siempre, y en el momento en que es concebido se cumple el sueño eterno del Creador. Pensemos cuánto vale ese embrión desde el instante en que es concebido. Hay que mirarlo con esos ojos de amor del Padre, que mira más allá de toda apariencia» (Al 168). No sólo Jesús, como Hijo de Dios, está llamado a ocuparse de las cosas de su Padre, sino que cada hijo, ya que nunca es propiedad de sus padres, pertenece al Padre Celestial. El Padre, desde siempre, tiene para cada uno de sus hijos un sueño tan grande y sorprendente que supera con creces la imaginación y las expectativas de los padres terrenales. La pregunta fundamental, por lo tanto, es la siguiente: ¿Cuál es el sueño de Dios para todo hombre? ¿Qué es lo que sueña para que realmente cada uno de sus hijos pueda hacer que su vida sea grande y extraordinaria? Con asombrosa prontitud y profundidad, San Juan Pablo II responde a esta pregunta: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (Redemptor hominis 10). Se habla justamente de la revelación del amor, del encuentro con el amor, de la experiencia y también de la participación en el amor, para significar que más que un movimiento interior del alma o un acto de entrega personal, el amor revelado, encontrado, experimentado y compartido es una Persona concreta, es una Persona Viva, es Cristo mismo que «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Gaudium et spes 22). Dios no tiene ningún sueño de amor abstracto o idílico para cada uno de nosotros. En el Hijo, en Aquel que, ante el asombro de José y María, responde que Él ha de ocuparse de las cosas de su Padre, se nos revela el camino verdadero y concreto del amor. Y el amor tiene su propio lenguaje específico, su expresión original, su propia manera de hacerse carne. ¿Cuál? ¡El nupcial! Por eso el Papa Benedicto XVI afirma que sólo «el matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano» (Deus caritas est 11). De hecho, existe un «vasto campo semántico de la palabra “amor”»: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor» (Deus caritas est 2). Es el amor nupcial entre el hombre y la mujer el que revela la excelencia del amor de Dios realizado en Cristo. Es un lenguaje

que esconde un verdadero Gran Misterio. Pensar que Dios ha asumido tal amor para revelar su corazón a la humanidad es afirmar solo una parte de la verdad del misterio. Ciertamente, leyendo toda la Escritura, especialmente los libros proféticos, vemos cuán a menudo Dios usa el lenguaje nupcial para expresar y revelar Su singular relación con el pueblo escogido de Israel. Sin embargo, antes de esto, no sólo cronológicamente, sino también y sobre todo teológicamente, en el misterio divino se oculta una verdad mucho más grande: Dios no asume el amor nupcial para revelarSe, sino que el amor nupcial ha sido desde siempre la revelación por excelencia del rostro de Dios. *«La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente —no aquella de piedra u oro que el Decálogo prohíbe—, capaz de manifestar al Dios creador y salvador. [...] Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente. [...] Este aspecto trinitario de la pareja tiene una nueva representación en la teología paulina»* (Al 11).

Cuando el Apóstol en la *Epístola a los Efesios* escribe: *«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.»* (Ef 5,31-32), afirma que en la creación de Adán y Eva, al ser creados para formar una sola carne, Dios siempre ha pensado en el Gran Misterio refiriéndose a Cristo y a la Iglesia. Desde la fundación del mundo, antes incluso de modelar a Adán y sacar una costilla de su costado y revestirla de carne para crear a Eva, Dios miraba Su gran sueño, el Gran Misterio de Cristo y la Iglesia, revelado hoy a nosotros en el Hijo. Por esta razón, el Papa Francisco afirma con convicción que *«querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo»* (Al 321). Este Gran Misterio no es un ideal o una verdad, sino un acontecimiento real con una forma concreta, la cruz, que nadie se hubiera esperado jamás y que, de una manera siempre nueva y creativa, está siendo constantemente reinterpretada en nuestra historia. *¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? «Los esposos son por tanto el recuerdo permanente para la Iglesia de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipes»* (*Familiaris Consortio* 13, retomada en Al 72). Todas estas razones hacen vacilar ese difundido conocimiento del Sacramento del matrimonio, más bien superficial y distorsionado: no puede ser entendido y vivido como *«una convención social, un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso. El sacramento es un don para la santificación y la salvación de los esposos, porque “su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia”* (Al 72). Puesto que estamos hablando del Gran Misterio del cual las palabras

humanas nunca podrían expresar plenamente la profundidad, amplitud, altura y grandeza, el Papa Francisco escribe en un lenguaje más cercano que *«el sacramento no es una «cosa» o una «fuerza», porque en realidad Cristo mismo «mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos (cf. Gaudium et spes, 48). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros».* El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia en la Alianza sellada en la cruz, sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos» (Al 73). El mismo e idéntico amor de Cristo entregado en la cruz por la Iglesia es el mismo amor de los esposos y viceversa. De esta manera, se realiza una extraordinaria ecuación que nos hace temblar tan solo de pensarlo. Los esposos, en virtud de la gracia del Sacramento del matrimonio, se aman divinamente, se aman desde Dios. ¿Dónde ha alcanzado Dios el culmen de su amor? *«Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo Unigénito»* (Jn 13,18). Los esposos realizan y muestran al mundo entero la locura de tal amor divino. Como afirma el Papa Francisco, *«toda la vida en común de los esposos, toda la red de relaciones que tejerán entre sí, con sus hijos y con el mundo, estará impregnada y fortalecida por la gracia del sacramento que brota del misterio de la Encarnación y de la Pascua, donde Dios expresó todo su amor por la humanidad y se unió íntimamente a ella. Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión, para que la gracia recibida se manifieste nuevamente en cada nueva situación»* (Al 74). Ciertamente, su amor es un *«signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia»* (Al 72), y *«la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia es una analogía imperfecta»* (Al 73), porque el matrimonio, incluso el más exitoso, el más logrado y el más santo, no puede y no debe ser nunca el cumplimiento de una persona. La causa de tantos sufrimientos familiares es justamente esta: la creencia generalizada y común de que el propio matrimonio es el logro del objetivo final tan anhelado. No es el amor nupcial con el propio cónyuge lo que nos hace realizar la felicidad humana, ya que no existe un cónyuge que no tenga límites, debilidades o fragilidades y, por lo tanto, no puede responder a las grandes expectativas de amor que una persona puede tener.

El matrimonio nunca es el fin, pero *«en las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero»* (Al 73). Por lo tanto, los esposos no están destinados al matrimonio terrenal, sino al matrimonio eterno: las bodas de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa. Al perder esta orientación fundamental, la misma alianza matrimonial pierde su sentido y su solidez. Es lo eterno lo que da verdadero gusto y sabor a lo humano, pero sin esta

referencia todo se vuelve insípido y pierde su rumbo, provocando crisis conyugales y familiares generalizadas de las que no se salva nadie. El matrimonio es sólo el aperitivo de la felicidad, pero no la felicidad en sí misma. ¿Deseas la felicidad? No te esfuerces en construir una morada eterna en el matrimonio para encontrarla. El matrimonio es la verdadera puerta de entrada al sendero que conduce a la alegría plena, pero detenerse en la puerta equivale a arriesgarse a no participar nunca en el banquete de las bodas eternas. Por lo tanto, se necesita urgentemente una verdadera proclamación del Evangelio de Jesucristo a las familias, mostrando cómo *«en la encarnación, él asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a plenitud, y dona a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivirlo, impregnando toda su vida de fe, esperanza y caridad. De este modo, los esposos son consagrados y, mediante una gracia propia, edifican el Cuerpo de Cristo y constituyen una iglesia doméstica»* (Al 67). Aquí no se trata de cuidar la dimensión religiosa o espiritual de las familias, sino de hacerles experimentar la extraordinaria obra redentora que Cristo realiza en nuestra humanidad: sin Él el amor humano nunca sería él mismo y perdería su belleza original. La comunidad eclesial, por lo tanto, debe necesariamente emplear todas sus energías en las familias, porque si es verdad que *«el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia»* (Al 31), del mismo modo *«la Iglesia, para comprender plenamente su misterio, mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino»* (Al 67). El Gran Misterio de Cristo y de la Iglesia está en juego en la familia. En otras palabras, salvando a la familia no sólo la Iglesia llega a ser ella misma, sino que Dios muestra Su Rostro al mundo en la carne humana de las relaciones familiares, cumpliendo así su gran sueño para la humanidad.

En Familia

Reflexionemos

1. El Gran Sueño que Dios tiene para el hombre ¿tiene alguna relación con el sueño que el hombre tiene para sí mismo?
2. El matrimonio no es la felicidad, sino sólo el aperitivo de la felicidad. ¿Qué consecuencias prácticas tiene esta afirmación en la vida conyugal y familiar?

Vivamos

1. *«Toda la vida en común de los esposos, toda la red de relaciones que tejerán entre sí, con sus hijos y con el mundo, estará impregnada y fortalecida por la gracia del sacramento que brota del misterio de la Encarnación y de la Pascua, donde Dios expresó todo su amor por la humanidad y se unió íntimamente a ella. Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión, para que la gracia recibida se*

manifieste nuevamente en cada nueva situación» (Al 74). ¿Cómo actúa el Espíritu Santo en vuestra vida conyugal y familiar?

2. Amar de Dios. Amarse a lo divino. Amarse a sí mismo como Cristo amó a la Iglesia dando Su vida en la Cruz. ¿Cómo se puede realizar todo esto?

En Iglesia

Reflexionemos

1. ¿Por qué a la proclamación del Evangelio del matrimonio y de la familia le cuesta hacerse camino en la pastoral de la Iglesia?
2. En la familia está en juego el Gran Misterio de Cristo y de la Iglesia. ¿Qué significa esto?

Vivamos

1. «*La Iglesia, para comprender plenamente su misterio, mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino»* (Al 67). ¿Cómo es posible realizar todo esto?
2. Si verdaderamente «*el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia»* (Al 31), ¿cómo tendría que moverse la pastoral de la Iglesia?